

LOS DÓLMENES ALABESES



(CONTINUACION.)¹

Hecho en el artículo anterior el inventario de los dólmenes descubiertos en el territorio alabés, y reseñados los famosos de Arrizala y Eguilaz,² pasemos á tratar de los restantes, utilizando los últimos datos de mis recientes exploraciones, verificadas en los próximos pasados meses de Junio, Julio y Agosto, empezando por los puntos más próximos á Vitoria.

Ante todo debemos hacer una breve digresión acerca de la importancia de las etimologías con relación al bascuence ó euskara. Dejando á un lado las cuestiones referentes a su universalidad en España ó á la mayor ó menor extensión que en ella alcanzó, lo que sí resulta indudable es que casi todos los nombres de pueblos y términos del país bascongado, sin excluir el más pequeño trozo de la provincia de Alaba, están hablando bascuence con vocablos precisos y exactísimos, sin que por eso queramos pretender que este idioma pueda darnos ninguna luz acerca de los monumentos prehistóricos, pues aquellas tradiciones, si las hubo, han quedado rotas en absoluto. Algo, sin embargo, puede rastrearse en sus entrañas lexicológicas, por lo que se refiere á la arqueología prehistórica, pues es un hecho comprobado que los más primitivos idiomas, como el hebreo, sanscrito, latín y aun

(1) Véase pág. 448 del tomo anterior.

(2) Como tributo a la memoria del malogrado Gobernador de Alaba, don Carlos Sedano, recordaré que la última visita que he hecho á esos lugares ha sido á fines de Mayo último, sirviendo de *cicerone* a tan simpática como ilustrada autoridad y á varios otros amigos.

chino, poseen evidentes legados de la época de piedra. Hé aquí los que nos suministra el euskara. Hoy, como en los tiempos prehistóricos, vienen designándose en esta lengua ciertos instrumentos ó artefactos que nadie concibe en nuestros días sin el elemento férreo, como el hacha, el azadón, el escoplo, el cuchillo, etc., con las denominaciones siguientes: *aitzkora*, (piedra elevada sobre un mango), *aitzurra* (piedra para desgarrar ó abrir), *aitzchurak* (pequeña piedra para desgarrar la tierra), *aitzchoa* (pequeña piedra), etc., etc.

Mas si toda la nomenclatura de lugares de nuestro país no es hoy bascongada, débese al mucho terreno que este idioma va perdiendo, como tuvimos ocasión de observar en el artículo anterior con el dolmen de Arrizala, que al aparecer descubierto como por ensalmo en en la Edad Media, fué bautizado en bascuence, con arreglo á las ideas dominantes en aquel entonces y en consonancia con una leyenda que aún dura, si bien no conserva ya en el primitivo idioma ni siquiera el título, sustituido hoy por el de *Casa de las brujas*. Otro tanto sucede en las cercanías de Vitoria, pues van visiblemente olvidándose los nombres euskaros, sustituyéndose poco á poco con nomenclaturas castellanas. Prueba al canto.

A un tiro de piedra de la Fuente del Mineral (punto muy concurrido y próximo á los bellísimos paseos del Prado y la Florida) hay un montículo que á principios del siglo se llamaba todavía, según consta en documentos públicos, con la expresiva denominación euskara de *Mendizorrotz* (monte del Pico, como hoy se llama), en contraposición de otra alturita chata y prolongada que hay enfrente, á no muchos pasos, y que algunos conocemos con el nombre de *Mendizabal* (monte ancho). Y á propósito del monte del Pico, encanto de los muchachos que ejercitan á diario, con sus subidas y bajadas, sus piernas de acero, y punto de vista delicioso para contemplar á simple ojeada la gallina y los polluelos que decia Trueba, ó sea Vitoria y dos docenas de pueblecitos, amén de un panorama de los más pintorescos que pueden ofrecer las cercanías de una ciudad; á propósito, pues, de esta alturira y de dólmenes voy á decir mis últimas observaciones en ella. Unos creían que la formación del monte del Pico era natural desarrollo y continuación de las lajas de cayuela que forman el suelo de sus faldas, ó mejor dicho, de su base ó pie; otros, y eran los más, suponían que esta pequeña eminencia era artificial, y algunos de éstos aventuraban la especie de que fuese un túmulo que encerra-

se uno ó más dólmenes. Pues bien, todos, menos los últimos, tenían algo de razón; es decir, que Mendizorrotz es un producto natural del terreno *secundario* que domina en Alaba, y que en tiempos no muy remotos se cubrió de una capa de tierra como de un metro, tal vez con objeto de plantar una arboleda, como en 1855 volvió á intentarse, ó acaso para evitar simplemente la aspereza y desnudez de su corteza pétreo; cuyo descubrimiento lo he hecho durante tres noches de principios de Agosto, con el fin de evitar la aglomeración de gente que durante el día hubiera acudido á presenciar los trabajos. Y he dicho que la capa arcillosa de que está cubierto el cerro no es muy antigua, porque a alguna profundidad de la excavación apareció una piedra que tenía incrustada una bala de hierro ó casco de metralla.

Pero continuemos con los nombres euskaros y con noticias de enterramientos, siquiera se refieran á tiempos relativamente próximos. *Judimendi* ó *Judumendi*, como se decía en el siglo XV, quiere decir alto ó monte de los judíos, porque bajo la loma cercana así llamada existe la última morada de los judíos de Vitoria hasta su expulsión en el verano de 1492, fecha sincrónica con otra celebérrima que hoy conmemora el mundo civilizado, y principalmente España y América.

Pero este cementerio judío, testigo por su buen estado de conservación, después de cuatro siglos, del cumplimiento de la honrada palabra de respeto á sus muertos que á nombre de todo Vitoria presente y futuro daba el Procurador del Concejo vitoriano Juan Martínez de Olave¹ á los desdichados hijos, padres y deudos de los que todavía yacen en paz en aquel término, ¿fué el único lugar de sepultura que los judíos tuvieron en Vitoria? Yo creo que no, y en su día (Febrero de 1880) sostuve mi opinión de que las 80 ó 90 sepulturas labradas en la roca de una altura paralela á Judimendi, y sobre la cual emplazaba á la sazón nuestro actual circo taurino, era un cementerio judío, probablemente el primitivo, pues constando como consta que á mediados del siglo XIII existía ya en Vitoria la Judería ó barrio de los judíos, hubo tiempo sobrado para llenar más de un Campo Santo en cerca de tres siglos. Mas sea de todo esto lo que quiera, hoy saben ya pocos que aquella alameda se llama *Judimendi*, siendo más cono-

(1) Véase Landázuri, *Historia de Vitoria*, capítulo X, y Amador de los Ríos, *Historia de los judíos de España y Portugal*, tomo II, páginas 616 y siguientes.

cida por el *Paseo del Polvorín*, por estar allí situado el de la guarnición militar de la ciudad.

A lo que de ningún modo podemos aventurarnos es á lo que se aventuraba hace trece años en un artículo eruditísimo como todos sus trabajos nuestro insigne arqueólogo alabés Sr. Becerro, y con esto reanudamos resueltamente la materia de los dólmenes. Decía entonces mi sabio y fraternal amigo que si el vocablo *Eskalmendi* se derivase de *Euskalmendi* ó *Euskaramendi* (monte euskaró ó de los euskaros), el montículo así llamado podía ser el enterramiento de los bascongados muertos en algún combate, siendo el inmediato de *Kapelamendi* (de etimología desconocida) el sepulcro de los principales guerreros celtas que sucumbieron en el encuentro. Pero desechada hoy toda relación de los dólmenes con las luchas de los celtas y los iberos, no solo no puede admitirse la hipótesis anterior, sino que todavía preferiría yo á la etimología admitida por Becerro la que él mismo impugna de *eska-llumendi* (monte de los peces), por su gran aproximación al río Zadorra; siendo para nosotros completamente fuera de duda que los nombres de *Kapelamendi* y *Eskalmendi* son muy posteriores á la erección de los dos montículos á que se refieren, y que están situados en la carretera de Guipúzcoa, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, á tres kilómetros próximamente de Vitoria.

Del casual descubrimiento de estos dos dólmenes solo puedo decir que el de *Kapelamendi* debe datar de un siglo. En cuanto al de *Eskalmendi*, ocurrió hácia 1856 al plantearse una fábrica de harinas entre el montículo y el río, pues haciendo falta algo de tierra para la fábrica, á poco de recogerla de la falda del montículo quedó el dolmen al descubierto.

JULIAN APRAIZ.

(Se concluirá).



LOS DÓLMENES ALABESES



(CONCLUSION.)

En 1879, decía Becerro que el año anterior se conservaban todavía en Capelamendi dos grandes piedras areniscas, cuya posición y hueco circundante eran susceptibles de restauración. Pues bien, ya hoy no queda más rastro del dolmen que una gran oquedad en el centro del montículo, á la manera de cráter, pues la única losa grandisima que yo encontré el pasado Junio, completamente enclavada en el fondo y casi cubierta por un gran montón de piedras, hicela pedazar, limpiando el agujero de toda la maleza y pedruscos que contenía, no encontrando debajo ni el más leve rastro de utensilios ni cadáveres.

Igualmente desafortunado fui en las excavaciones practicadas por aquellos días en diversas alturas de la inmediata jurisdicción de Durana. Haré, pues, sólo mención de lo relativo á Escalmendi. Cuando en Agosto de 1879 lo reconoció detenidamente Becerro, hé aquí lo que encontró, Fuera de la tapa y algunos otros trozos del dolmen, utilizados para completar algunas docenas de carros de piedra (como en Capelamendi), todavía había algunas losas areniscas que, despues de mondadas por fuera, al vaciarse su contenido interior, dejaron ver hasta ocho ó diez esqueletos, de los cuales, con gran trabajo, pudo apartar algunos trozos de la cabeza y varios huesos largos; pero sin hallar ni un solo objeto de metal, de pedernal ni de ninguna clase. Ahora bien, para formarse idea de la labor que yo emprendí en este último Junio, hay que tener en cuenta que el montecillo mide 96 metros de circunferencia (ó mejor de elipse) en su base y 56 el perímetro de la cùspide, teniendo 5 de altitud. Pues bien, previo el per-

miso de los propietarios actuales de la fábrica y pertenecidos, mis amigos los señores de Beiztegui, y una vez que vimos que del dolmen que hubo en la parte Suroeste de la falda no quedaba ya ni el más leve rastro, hice primeramente abrir una zanja diagonal que en el centro alcanzó cerca de tres y medio metros de profundidad y otros tantos de anchura; y concluida esta tarea, que duró algunos días, se hizo otra zanja alrededor del montículo y como á un tercio de su altura. Aunque la comprobación no era necesaria, comprobóse que todo el cerro era artificial, formado de gran cantidad de cayuela, colocadas las piedras una á una á guisa de pared ó muro en seco, abundando en otras partes la tierra generalmente arcillosa. En los siete ú ocho días que duraron mis excavaciones, nada pude hallar de particular, fuera de un fémur fósil de un rumiante, probablemente del género *bos*, saliendo ilusorio el cálculo que nos hacía suponer que, puesto que el dolmen de marras se encontraba alejado del centro del montículo y teniendo éste tanta extensión, debían existir junto á aquel monumento megalítico alguno ó varios otros similares.

Y á propósito de monumentos megalíticos, voy á recordar una anécdota, para que se vea lo que cuesta extirpar un error.

Después de las controversias á que han dado lugar las rocas de San Miguel de Arrechinaga (sitio de piedras suspendidas), en la anteiglesia de Jemein (Bizcaya), entre Amador de los Ríos y Rodríguez Ferrer, entre otros que se inclinaban á considerarlas como un monumento megalítico, y Trueba, Velasco (éste en duda), etc., que lo juzgaban producto exclusivo de la naturaleza; y después de afirmar el eminente Cartailhac (1886), con excesiva severidad sin duda, que «sólo la ignorancia ó mala voluntad han podido calificar a dichas rocas de monumento megalítico,» los ingenieros belgas Henri et Louis Siret, en su notabilísima obra, principalmente por sus magníficos grabados, «*Les premiers ages du metal dans le Sud'est d'Espagne*» (Anvers, 1887), citan con muchísimo aplomo al lado de nuestro dolmen de Eguilaz (dicen Eguilar por equivocación) el «dolmen de Arrechinaga;» y eso que, según los autores, toman todo lo referente á dólmenes, ¿de quién? dirán mis lectores. Del propio y mismísimo Cartailhac.

Pasemos ahora á los dólmenes de Cuartango.

Como ya antes tengo indicado, el infatigable Becerro publicó en Agosto de 1871, en *El Ateneo*, un curiosísimo artículo en que daba

cuenta de una expedición hecha por él y Manteli al valle de Cuartango, con el objeto de bautizar, como lo hicieron, ciertos montones de grandes piedras semienterrados de que les había hablado el ya entonces difunto é inolvidable poeta Perea, como oriundo que era de aquella región, por su padre y antepasados de esta línea, naturales de Anda. También en el erudito libro del Sr. Velasco intitulado *Los Euskaros* y su página 21 se hace una ligera reseña de los tres dólmenes visitados por Manteli y Becerro. Pero como la ciencia es tan generosa y sus campos tan vastos que siempre queda mies por espigar, siguiendo yo en este verano mis excursiones comenzadas hace dos años, á la luz proyectada por los desvelos de tan insignes vitorianos, no con la ligereza del turista, sino con el debido detenimiento, tocóle el turno de mis investigaciones en los días 25, 26, 27 y 28 de Julio al valle alabés bañado por el Bayas, ya por mí hace algunos años recorrido.

Madurado mi plan y hechos los preparativos en la tormentosa tarde del 25 en el balneario de Zuazo, me dirigí, acompañado de cuatro obreros, en la madrugada del 26, á una eminencia situada cerca del paso á nivel de Sendadiano y distante como tres kilómetros del establecimiento, señalada ya el 71 por Becerro y explorada sin éxito el setenta y tantos por Velasco. A la zanja central practicada por este señor añadí yo otras dos laterales y paralelas con igual desgracia; mas, apesar de todo, mi opinión es que dicha altura artificial tuvo en su falda algún dolmen que los labradores, al tropezar con él en sus avances para ensanchar la heredad en que está situado el montículo, lo harían desaparecer, como de un modo análogo ha sucedido en nuestros días en Escalmendi.

El propio día 25 y el 26 fuí reconociendo una porción de *almoras*, ó sean montones ó depósitos de las piedras que los labradores arrojan para limpiar las heredades¹. Pues bien, tres de estas *almoras*, que por su mayor tamaño son denominadas *montecillos*, *encierran* positivamente tres dólmenes, á saber: El primero, denominado San Sebastian, que es el más próximo á Anda, es el más pequeño de todos, está completamente vacío, falto de tapa ó cubierta, y consta de seis losas de regular tamaño. A cien metros de distancia se encuentra el segundo,

(1) La voz *almora*, eufonización de *armora* (como en otros puntos se llama), es un mero euskarismo y procede de las dos bascongadas *arri*, piedra, y *morua*, montoncito,

que está inmediato al camino de Marubay: es mucho mayor, tiene la tapa, cuyo peso se calcula en 500 arrobas) caída y semienterrada sobre la vertiente del montículo, y las dos piedras del lado del E. tan inclinadas que casi descansan en el centro de la enorme de enfrente: aunque el interior está relleno, ha sido reconocido más de una vez, sin otro hallazgo que restos de algunos cadáveres. En otras dos almoras próximas encontré una gran oquedad en una, y en otra una gran losa, signos que al parecer denuncian otros dos dólmenes destruidos.

Hechas, pues, estas exploraciones infructuosas, tuve al fin en los dos siguientes días, 27 y 28, la fortuna de proceder á la excavación del tercer *montecillo*, que encierra un hermoso dolmen distante 6 kilómetros del balneario de Zuazo, uno de Anda y 35 ó 36 metros de la vía férrea, en jurisdicción de Catadiano y término denominado de Urpide, el cual dolmen (de mármol de Anda como todos los del valle) puede decirse era el único inexplorado y casi intacto de aquella región, fuera de haber desaparecido desde tiempo inmemorial la enorme tapa que debió cubrirlo, produciendo el natural desperfecto y derribo de dos ó tres piedras menores que sufrieron el empuje de la tapa al ser ésta desprendida por las palancas, para ser sin duda utilizada después en pedazos por los antiguos quartangueses.

El espectáculo más singular ofrecióse á la vista de los varios espectadores de la excavación á poco de su comienzo, pues en lugar de los esqueletos sueltos y medio deshechos que muy pronto se hallaron, observamos con asombro que debajo de unas cubijas y todo alrededor del interior de la cámara mortuoria aparecían á flor de tierra hasta una treintena de cráneos arrimados á las losas y sentados ó acurrucados sus troncos y extremidades respectivas en dirección al centro, repitiéndose el fenómeno casi hasta el fondo del dolmen: de suerte que el número de cadáveres que se contaron pasaba con mucho de un centenar, aproximándose á 130.

El perímetro externo del sepulcro en su boca ó parte más alta es de 8,50 metros, siendo en el fondo ó base mucho mayor á causa de la gran inclinación en forma de trapecio de los dos monolitos oriental y occidental, que miden poco más ó menos 2,25 metros de longitud y 1,35 de ancho, no habiéndome detenido á tomar más dimensiones, tanto por la falta de tiempo como por la gran jaqueca que me produjo la insolación desde el primer día.

Se me olvidaba decir que el dolmen se encontraba antes de mi

excavación, no solamente cubierto de tierra alrededor, sino también interiormente, destacándose tan sólo dos puntas como de 20 á 25 centímetros de dichos monolitos, y notándose á flor de tierra otros trozos de piedras que habían perdido, por la razón antes dicha, su posición vertical; y como no hice excavación exterior más que del lado de Oriente para hacer practicable la abertura, que en tal posición la tienen todos los dólmenes, hé ahí por qué no pude tomar el perímetro externo de la base.

Mi ansiedad grandísima por hallar entre tanto esqueleto armas ó utensilios que confirmasen los hoy bastante completos estudios de la época de los dólmenes fué parte para que no prestase gran atención á un sinnúmero de restos humanos que pudieron extraerse á grandes trozos y de los que sin embargo hice algún acopio, prefiriendo los más curiosos; ya por estar algunos calcinados, ya por su petrificación, ya por la corta edad de alguno de los difuntos, etc. Por fin, debajo de 70 ú 80 esqueletos, y á profundidad de metro y medio, se tropezó con un objeto curiosísimo, merced al exquisito cuidado y detenimiento de la operación, pero objeto único, apesar de la gran atención de todos. Se trataba de un punzón, lezna ó aguja, utensilio acaso de la primitiva sastrería, ó tal vez producto de la prehistórica coquetería femenina, perteneciendo en tal caso al tocado de alguna alabesa de hace 6.000 años. Este objeto de cobre, y por consiguiente del período más inmediato á la época neolítica, pues aún tardaron los hombres algunos siglos en utilizar la aleación del cobre con el estaño (bronce) y muchísimos más en obtener y trabajar el hierro, está completamente cubierto por una capa de hidro-carbonato de cobre (cardenillo), y tiene 78 milímetros de longitud, con un grueso proporcionado á una aguja de enjalmar, por supuesto, sin ojo, y con las dos puntas bastante agudas, aunque una más que la otra.

Otros muchos detalles podría dar de los cuatro días que he pasado bajo la influencia de un sol digno de los trópicos, extraordinario en este país; pero por no extenderme demasiado me contentaré con una observación final.

En un principio, ante el desbarajuste que ofrecía la cima del montículo, con tantas piedras informemente semienterradas en él, creí que teníamos delante dos dólmenes juntos, y al efecto procedí su planeamiento; pero aunque logré, según queda explicado, reconstruir uno, las piedras restantes no me resultaron dolmen, por lo que, pro-

visionalmente y hasta nuevo reconocimiento, deduzco que debieron ser simples menhires ó anunciadores, como en otros dólmenes existen. Efectivamente, entre las cuatro ó cinco losas á que me refiero, alguna de las cuales puede ser, ó bien un pedazo de la cubierta, ó una de las piedras sobrepuestas á las de menor longitud, pues el esmero y lujo de los grandes monolitos se reducía generalmente á dos ó tres de las seis ó siete que constituyen los dólmenes, hay una al menos que por su forma y tamaño y sobre todo por permanecer elevada verticalmente, estando situada á poco más de un metro de la entrada del dolmen, llena completamente las indicaciones que los arqueólogos señalan á los menhirs ó menhires (piedras largas).

JULIÁN APRAIZ.

Vicepresidente de la Comisión de monumentos de Alaba.
Vitoria y Setiembre de 1892.

BIZI BEDI EUSKERA¹

Gorputzian odolik
dagon bitartian
ez da galduko emen
gure izkuntzikan;
ekarri biar dira
dauden lekutikan
gure lege maiteak
an apaindurikan.

Gure izkuntz legeak
lenago zer ziran,
orain gure semeak
ikasi erriyan;

esateko gerora
gizon egitian,
bizi dedilla euskara
zubekin batian.

Abek izkribatuta
neguen pensatzen
gure lege maiteak
nun diran arkitzen.

¡¡Legeak!! bai legeak...
¡¡¡Azalduko dira
euskaldun gorputzetan
biotzak badira!!!

JOSÉ M. ARRIETA.

(1) Composición señalada con *mención honorífica* en los Juegos florales celebrados en esta Ciudad en 1892.